

en 21 de Septiembre de 1761, con grande aparato, en la plaza del Roscio, de Lisboa, á donde Malagrida fué conducido con las manos ligadas, acompañado de dos religiosos benedictinos y de dos padrinos, conforme al estilo usado en semejantes actos.

El P. Eckart dice que Carvalho mandó publicar en su abono la sentencia de esta causa; pero que corrido después y avergonzado hizo recoger todos los ejemplares de ella. ⁴²

Se confirma esto en la *Vida de Carvalho*, donde se dice también que este Ministro mandó recoger los primeros ejemplares del proceso, que empezaban á extenderse, y prohibió severísimamente su venta á todos los impresores, aunque se le escaparon algunos ejemplares. ⁴³

D. José Torrero, á la sazón Embajador de España en Lisboa, escribió á un ministro de Madrid sobre la sentencia y muerte del P. Malagrida la siguiente cláusula: *Jamás he visto reo tan sereno en el suplicio, ni mayor embuste de causa.* ⁴⁴

S. X.—Los jesuitas en las cárceles de Portugal.

El último convoy de jesuitas que Carvalho despachó á Italia fué el año 1761. A los demás que aun quedaban detenidos en Lisboa y á los que iban llegando de las misiones, les conmutó la pena de destierro en una rigurosa y perpetua prisión, que fué peor que el ostracismo.

Al escribir esta reseña histórica, no podemos pasar en silencio los inauditos padecimientos de los jesuitas, así nacionales como extranjeros, en las cárceles de Lisboa; pero antes conviene notar lo que ya se ha insinuado en otro lugar, á saber: que de todos aquellos religiosos que quedaron encarcelados, ni uno solo, en el largo período de diecinueve años que continuaron presos, fué examinado ni procesado por ningún tribunal eclesiástico ni secular sobre alguno de los muchos delitos que Carvalho les imputaba.

Sólo en el Tribunal del Santo Oficio fué examinado el P. Malagrida por otra causa distinta, como se ha visto.

Varias eran las cárceles de Lisboa y sus cercanías en que estaban custodiados los hijos de Loyola, porque Carvallo las había mandado fabricar cuando estableció el tribunal de Inconfidencia, ó destinó otros edificios para encerrar en ellos á las víctimas de su crueldad.

Por evitar repeticiones describiendo todas estas cárceles y lo que los Padres de la Compañía padecieron en ellas, tanto por las condiciones del local como por la inhumanidad de los encargados de su custodia, hablaremos solamente de la fortaleza de San Julián, y por lo que de ella diremos se vendrá en conocimiento de las demás.

FORTALEZA DE SAN JULIÁN.—Era esta fortaleza una de las tres situadas en la embocadura del Tajo para defender la entrada del puerto, y en ella fueron encerrados la mayor parte de los jesuitas que no salieron para el destierro.

Empezando, pues, por el edificio material, fuera de algunos cuartos construidos en el castillejo, los cuales, por estar más elevados, recibían bastante luz y suficien-

te aire, las demás piezas eran muy obscuras y sin ventilación, pues sólo tenían una pequeña ventana en una pared de ocho á diez palmos de grueso.

Algunas de estas habitaciones eran espaciosas; pero las había entre ellas tan bajas de techo, que apenas se podía caber en pie. Había también varios corredores subterráneos, con calabozos de una y de dos piezas; y finalmente, tres estancias más retiradas que servían asimismo de cárcel.

Todos estos departamentos estaban separados unos de otros, y cerrados con fuertes candados. Algunos de los corredores servían de albañal, donde se depositaban las inmundicias de la fortaleza y de algunas casas particulares, y los presos hicieron en vano repetidas instancias para que les librasen de esta hediondez insufrible.

Las habitaciones bajas eran humedisimas, porque de la parte superior del edificio caía el agua sobre los presos por las rendijas de las bóvedas, que eran viejas y estaban mal ajustadas: tanta cayó una

ocasión en una de las cárceles, que se sacó de ella una bota entera.

En otra ocasión, al despertarse dos presos que estaban juntos, vieron que sus vestidos flotaban sobre el agua. En tiempo de grandes lluvias, la cloaca, que pasaba por debajo de los corredores, rebosaba y se llenaban de agua hedionda no solamente los mismos corredores, sino también los calabozos más bajos; y como el piso de éstos era de tierra, quedaban cubiertos de fango, de modo que los presos no podían moverse de una tabla que tenían á sus piés.

Los vestidos se podrían en pocas semanas y se reducían á polvo, especialmente si estaban cerca del suelo ó arrimados á la pared. A estas molestias se añadía la del extraordinario número de asquerosos insectos y ratas, que causaban un continuo tormento á los infelices encarcelados, sin que hallasen medio de librarse de ellos.

Así es que de la humedad, de la poca policía de los cuerpos, del mal aceite de las lámparas que era fuerza tener encendidas noche y día, de todo este conjunto, se for-

maba un hedor tan intolerable que movía á náusea, ofendía la cabeza y causaba frecuentes deliquios.

INHUMANIDAD DE LOS CARCELEROS.—A vista del horror de este lugar, parece que debían moverse á compasión los que cuidaban de los presos; pero ordinariamente sucedió todo lo contrario, y los jesuitas tuvieron que sufrir más de la inhumanidad de los carceleros que de las malas condiciones de la cárcel.

El Alcaide de la fortaleza se condujo bien con los presos mientras creyó que éstos habían de permanecer allí poco tiempo, porque no quería hacerlos enemigos, á lo que parece, y esta bonanza duró menos de un año; mas luego que supo por Carvallo que no saldrían nunca de aquel encierro, cambió repentinamente de sistema y empezó á sacar provecho de lo que pasaba por sus manos.

Escaseóles la comida cuanto pudo, para enriquecerse, y se hacía heredero de los que morían, y á esta codicia se juntaba una rudeza y unos modos inciviles, hasta amenazar á los jesuitas de ponerlos con

cadenas si en alguna cosa le contradecía n.

Al tenor del jefe se portaban los subalternos, seguros de que si los presos acudiesen con quejas no serían atendidos. Hubo entre ellos, en especial uno, que se distinguió en afligir más á los religiosos: hombre cuyo natural correspondía á su espantosa fisonomía, que se tomaba la libertad de quitar á los presos cuanto se le antojaba, así de la comida como de la ropa.

De las pocas palabras que salían de sus labios, ninguna era de compasión; y si le hacían alguna pregunta, ó no respondía, ó daba sólo una señal, ó á lo más les lanzaba un *no* á secas: á ninguno llamó nunca por su nombre: en suma, los trataba como si fuesen bestias y no hombres.

Murió finalmente el Alcaide, cuyo ejemplo seguía este bárbaro y en cuya protección confiaba, y quiso Dios que le sucediese otro que no sólo libró á los encarcelados de esta fiera, sino que por algún tiempo los trató con caridad, consolándolos y procurándoles todo lo que estaba en su

mano; porque luego que tomó posesión de su cargo hizo la visita general á los presos, y viendo la estrechez en que estaban, mandó que los pasasen á otros departamentos menos incómodos.

Informado de que les cercenaban la comida, iba á la cárcel á la hora de la refección, y si algo les faltaba, al punto lo hacía traer con buen modo y mucha humanidad. Poco á poco les proveyó á todos de ropa blanca y vestido, de que tenían gran necesidad, y sabiendo que no les servían vino ni fruta, dispuso que se les diese en metálico el valor correspondiente para que ellos se lo procurasen á su gusto.

Con esta providencia ahorraron cada día alguna cosa, consiguieron por medio de los guardas y con el asentimiento del mismo Alcaide altares portátiles y utensilios necesarios para celebrar misa en la cárcel.

Estos y otros favores recibieron del nuevo Alcaide los jesuitas en los dos primeros años de su gobierno, protestando siempre este funcionario que en recompensa no quería otra cosa sino que le encomendasen

á Dios, y los Padres le miraban como á un ángel enviado del cielo para consolarlos en sus grandes tribulaciones; pero la inconstancia natural del corazón humano y la sed del oro le hicieron variar de conducta.

En el tiempo que llevaba de superintendencia observó que cuantos habían cuidado de las provisiones de los presos habían aumentado su caudal, y avivándole el mismo deseo quiso hacer la prueba.

Empezó, pues, á usar de las mismas artes de que se habían servido los demás; esto es, escatimó la comida y el vestido que se acostumbraba darles, y disminuyó el aceite de las lámparas y otras cosas necesarias al diario sostenimiento.

Pareciéndole todavía muy corta su ganancia, hizo correr la voz en la cárcel de que el Rey había disminuído la pensión asignada á los presos, y por consiguiente que era preciso restringir el trato.

Dudaron los jesuitas de semejante disposición; pero no teniendo medios de descubrir la verdad, tomaron el partido de callar. De este modo el Alcaide, aumentando cada día su lucro, pues eran sobre

setenta los presos, se enriqueció y empezó á tratarse con magnificencia y lujo.

Dió en ojos á los moradores de la fortaleza tan repentina riqueza, y habiéndose descubierto el artificio de que había usado, le llamaban á boca llena ladrón é impío. El culpable, ya fuese por este rumor, que se hizo general, ya por tener con qué pasar la vida cómodamente, dimitió la administración, que se dividió en dos sujetos, los cuales, no siendo de tan perversa conciencia, trataron á los presos menos mal.

Así siguieron para éstos las cosas en el largo período de su encierro, siendo alternativamente las víctimas de más ó menos crueldad, y siempre con grandes trabajos y privaciones.

DEL TRATO CON LOS ENFERMOS.—Mucho padecieron los enfermos, especialmente en los primeros años. La única visita que les hacían los carceleros era cuando les llevaban la comida ó alguna medicina, si es que se la llevaban aunque la ordenase el médico, y se la dejaban sin detenerse á prestarles algún servicio, cerrando inmediatamente la puerta; de manera que si

el enfermo estaba solo en un encierro, quedaba en un total abandono.

Sucedió en una ocasión que hallándose dos enfermos en una misma pieza, uno de ellos llegó á morir, sin que el otro, falto de fuerzas para moverse de su lecho, pudiese prestarle ningún auxilio.

A esta crueldad se juntaba la falta de aire libre y puro, tan necesario para los enfermos; y aunque suplicaron que por algún rato dejasen las puertas de los calabozos abiertas, no se les otorgó este pequeño alivio, hasta que el segundo Alcaide, de quien ya hemos hablado, les dió este gusto y aun permitió que algunas personas caritativas entrasen á visitarlos y servirles; pero esta providencia se acabó en cuanto se apoderó de aquél el deseo de enriquecerse con la substancia de los pobres.

No entró en esta cárcel ningún médico de profesión. El que al principio visitaba á los enfermos era un barbero-sangrador que habitaba en Oeiras y servía en la casa de Carvalho, de donde le provino el confiarle el cuidado de la cárcel.

No le fué de pequeña ganancia este

cargo, pues por ejercer una profesión que ignoraba, además de su asignación anual, presentó al fin amplios atestados de las graves fatigas y los muchos cuidados que había tenido con los enfermos, y esto le valió una gratificación de dos mil cruzados para sí, y un pingüe curato para un hijo suyo en el Brasil.

Como vivía en Oeiras, algo distante de la fortaleza, nunca visitaba de noche, y aun llamado de día iba cuando le acomodaba, no cuando era necesario, y á veces tardaba tanto que llegaba tarde para el enfermo.

Las recetas que prescribía tenían una buena circunstancia: que no podían hacer mucho daño por ser muy sencillas y en pequeñas dosis.

Era, en fin, el barbero de natural feroz, incivil en su trato, y más adaptado á curar las bestias que las criaturas racionales. Después de este llamado médico, asistieron á la cárcel dos cirujanos, ambos excelentes y llenos de caridad, que curaban por sí mismos á los enfermos con la mayor atención.

DE LA ADMINISTRACIÓN DE LOS SACRAMENTOS Y DEL ENTIERRO DE LOS DIFUNTOS.— En los primeros años, cuando alguno de los presos estaba gravemente enfermo, certificándolo el médico con juramento, sus compañeros de cuarto, si los tenía, se trasladaban á otra parte; el capellán de la fortaleza le confesaba y le administraba el Viático y la Extrema-unción, sin más acompañamiento que dos ó tres personas que ordinariamente eran los mismos carceleros, y hecho esto volvían los compañeros al moribundo.

Pasados algunos años se mitigó este rigor, permitiendo á los jesuitas que asistiesen á la administración de los últimos sacramentos.

El modo de conducir los cadáveres á la sepultura fué diverso, según la variedad de los alcaides, aunque siempre impropio é indecoroso y no conforme al rito de la Iglesia, y que practican los católicos con los mismos malhechores.

Apenas moría un jesuita se sacaba el cadáver á otro sitio, y una hora antes de media noche se le llevaba á la iglesia por

los más viles mozos de la fortaleza. No era permitido á ningún soldado el llevarlo, bien que muchos se ofrecían á esta obra de misericordia.

Iba el cadáver sin cruz y sin luces, y sin otro acompañamiento que el arca y los conductores: en los primeros años lo llevaban envuelto en una sábana ó manta vieja; más adelante en unas andas ó féretro, y por último en una caja. Entrando el cuerpo en la iglesia, el cura le rezaba un responso y en seguida le sepultaban.

Si los compañeros del difunto envolvían el cadáver en alguna ropa menos miserable para que fuese con mayor decencia, le robaban por el camino. Por muchos años se tuvo oculta la muerte de los presos, aun dentro de la misma cárcel, y los difuntos quedaban privados de los sufragios de sus compañeros, ni se decía por ellos una sola misa.

DEL DESPOJO QUE SE HACÍA DE LOS MUERTOS.—Apenas salía de la fortaleza el cadáver, corrían á apoderarse de lo que había sido del difunto, sin perdonar las

cosas más viles, que así y todo podían servir á sus compañeros.

Cuando los jesuitas de la cárcel de Azeitano pasaron á ésta de San Julián, se les permitió llevar los colechones, bancos y mesas que allí tenían y habían sacado del colegio; pero los que habían venido de otras partes, principalmente de las misiones ultramarinas, no tenían para dormir sino un poco de paja, á veces podrida y hedionda, y deseaban al menos un colchón viejo de los que morían: pretensión bien justa y razonable que no se les concedía, porque el alcaide y los carceleros, como si fuesen herederos *ab intestato* de estos infelices, se llevaban inmediatamente cuanto encontraban; y si sospechaban que el compañero de un difunto había tomado alguna prenda, hacían gran ruido, alborotaban todo, y con este pretexto registraban sus camas y efectos, y cuanto veían que les acomodase se lo llevaban, sin que los presos se atreviesen á oponerse por miedo de que los tratasen peor.

Enmedio de esta barbarie, recibieron los presos muestras de benevolencia del

capellán de la fortaleza, sacerdote ejemplar y caritativo, que á todas horas, fuese de día ó de noche, estaba pronto para acudir á confesarlos, habiendo alcanzado licencia para ello.

Mostraba á todos mucha compasión de sus trabajos, procuraba consolarlos, y en la época que le fué permitido, iba de buena gana á celebrar la misa en la cárcel y dar la comunión á los presos. Por estos favores, los jesuitas que sobrevivieron conservaron de él una grata y reconocida memoria.

DE LA VIDA QUE LOS JESUITAS HACÍAN EN ESTA CÁRCEL.—El lector tendrá curiosidad de saber en qué se ocupaban estos religiosos por espacio de tantos años en la cárcel, siendo hombres acostumbrados al estudio y al ejercicio del sagrado ministerio, y por consiguiente enemigos del ocio.

En cuanto á las prácticas de la religión, hacían todas aquellas que les permitían las circunstancias. En los primeros años, en que el rigor con que los trataban era extremo, no podían salir de sus departamentos ó encierros, ni tratarse unos